



Rodrigo Díaz-Pérez

▽△

No pasarán

En memoria de la Brigada Lincoln que dejó los huesos de más de un miliciano desconocido en los campos de España (1936-1939).

Cuando correteaba por las extensas praderas de Kansas, a mis escasos doce años, nunca pensé que terminaría aquí. Claro que esta decisión no se produjo de golpe. Hay antecedentes muy importantes. En toda mi familia de raíces inglesas e irlandesas nunca existió un delator o un traidor. Y venimos luchando por los mismos ideales, desde la guerra de Secesión. Y lo esencial es no entregarse, por más oro que ofrezcan. Mi maestro quien peló en Francia en 1917, decía que si existiesen sólidos principios, las cosas «correrían». No entendía yo de esas raras filosofías, pero ahora, que me pongo a pensar, comprendo algo. Y eso basta. En esta noche fría de Madrid, con el cielo encapotado por aviones de la legión Cóndor, me siento raro. Por un lado me irrita no poder realizar algo que colme mis deseos, como sería por ejemplo comandar una escuadrilla de contraataque y rechazo aéreo y sentirme útil entre las nubes. Pero que, si el General Miaja apenas cuenta con una avioneta de lona para hacer sus visitas a los cuarteles de los diferentes frentes... En fin, seguiré y seguiremos. Después de todo, yo sé porqué luché y estoy decidido a vender bien caro el pellejo. Anoche salí del Cuartel de la Montaña con un grupo de —52→ compatriotas. Hablábamos en inglés y, cuando nos topábamos con algunos milicianos, hacíamos el esfuerzo de expresar todo el

español que sabíamos. Yo me sentía muy frustrado. La banda violeta que nos identificaba, en el brazo izquierdo, no era suficiente justificativo para nuestra ignorancia del idioma y de las costumbres. Las clases de iniciación que nos dieron en Barcelona apenas rozaron el problema, y mi impaciencia por hacer algo crecía cada vez más. Pero sí había algo cierto y positivo. En la Brigada Lincoln, con dos mil hombres, todos podíamos y queríamos hacer nuestra obra y la realizábamos con entera devoción democrática. A mí me tocó arreglar varios tanques ingleses oxidados y unas ametralladoras de vieja hechura. A Bob, mi compañero de pieza, le dieron seis aviones destartados y el pobre no sabía qué hacer con ellos. No había forma de obtener repuestos, a pesar de la procedencia francesa de los mismos. Los franceses estaban sencillamente amedrentados y la cosa les venía bien con la teoría conservadora (y cagona) de los ingleses de *no intervención*, y no dejaban salir ni un tornillo rumbo a la República Española.

Debo confesar que, a pesar de haber nacido en los trigales de Kansas, hoy me siento madrileño. Al escuchar estremecido los agobiantes silbidos de las bombas, las angustiosas sirenas vigilantes y después las explosiones cercanas, digo, igual que Johnny, «*those sons of bitches!*»..., y trago saliva. Están indudablemente decididos a desmoralizarnos. Pero es inútil. Resistiremos hasta el final. Ya los expulsamos a cañonazos del Cuartel de la Montaña y peleamos en la Ciudad —53→ Universitaria y en Barcelona contra los traidores. El cinturón de acero no aflojará.

La gente que veía pasar no me era desconocida. A veces, los mismos rostros que vi anoche, o la noche anterior, o la semana pasada, reaparecen llevando bolsas de arena para proteger el Prado. Por las mañanas manejo el camión de la Cruz Roja para conducir los heridos al Hospital de emergencias. Anoche cayó una bomba en el Hotel Mérida y mató a tres periodistas ingleses e hirió a media docena de empleados. Me sentí feliz cuando pude distinguir un avión de caza de los nuestros persiguiendo a los alemanes. ¿Era Ernie? Supuse en ese momento que podría ser él. No restaban muchos pilotos en Madrid. Tratar de enfrentarse a los nazis era suicida. Pero Ernie era capaz. La vida le importaba un comino. Y a lo mejor no era Ernie. El vasco Zubizarreta andaba por ahí, y también era capaz de cosas increíbles. Para sorpresa mía, últimamente la aviación republicana había mejorado algo. Cuando escuché por radio que, en Mallorca le acertamos una bomba al *Deutschland* se me volcó de alegría el corazón. Esa noche brindamos con dos periodistas del *New York Times* y con algunos muchachos de Kansas (éramos veinte y seis) y los de Montana. No pudimos hallar a Hemingway (estaba en el frente del Ebro), pero estuvimos con Charles Morgan y Clement Attlee. Hablamos largo y tendido. Se ponía difícil la guerra. Y los anarquistas, estaban furiosos y fusilando sin mayores explicaciones. Una orden del General Miaja pidió quinientos hombres de nuestra brigada para el frente del Ebro. Yo rogué ser enlistado, —54→ pero como era del grupo técnico y mecánico me precisaban aquí. Al otro día me mandaron a un depósito donde estaban esparcidos cerca de treinta tanques en mal estado y me pidieron que hiciera lo posible por ponerlos en marcha. Obtuve la ayuda de diez asturianos muy capaces; trabajamos toda la semana sin descanso. Logramos sacar los tanques a la calle en un día gris. Un viento cortante nos hería la cara, pero queríamos mostrar al Consejo de Defensa que nuestra labor estaba felizmente consumada. Rugían en línea diez tanques verdes. La gente los miraba extrañados. Los árboles pelados constituían el trasfondo de nuestro desfile.

Mi muy querido Jimmy: ¡Te extraño tanto! Me dijiste que te ibas por unos meses y ya llevas cerca de dos años fuera de Wichita. Te sigo esperando. Leo las noticias con interés y tristeza. No me parece que las cosas anden bien. Tus cartas me llegan censuradas y llenas de borrones así que me debo contentar con lo que leo en el New York Times. Cada vez que me entro que los de la Brigada Lincoln están envueltos en serias y sangrientas batallas me pongo imposible, rezo y no puedo dormir. Escribe más a menudo, por favor. Recuerda que nuestros planes de casamiento siguen en pie. Pero comprendo muy bien tu actitud y te felicito. En la Universidad formamos un grupo muy nutrido de admiradores y los periodistas locales quieren a toda costa que les dé tus cartas, lo que no haría por nada del mundo. La cosecha de trigo este año es espléndida. Nuestras flores en el jardín están rebosantes de color. Mamá dice que, te recuerde el pony y tu perro, que siguen bien y que tu hermana, —55→ Jennifer sigue adelante con sus planes de mudarse a Atlantic City. Y yo, querido, te extraño demasiado, para qué lo voy a negar. Como te dije, las noticias no me gustan nada. En el mapa del NY Times muestran que ya han aislado Madrid del resto, y tú no me dices nada. ¿Cómo te llevas con los demás americanos? El número de voluntarios crece cada día, de todos lados quieren ayudar a los republicanos, pero el gobierno insiste en la neutralidad (?). Cuídate, Jimmy, recuerda que tenemos una larga vida por delante. Te sigo los pasos como puedo. Ruego por ti cada minuto. Te repito: cuídate, querido, vuelve pronto y bien. Mil besos, Diane. (Sin fecha).

Leí la carta varias veces. Sabe que existo y que la recuerdo. Es una mujer maravillosa. ¡Pensar que ella me alentó a venir!

Fin de semana. Pleno enero. Tengo ganas de dar una vuelta por Madrid. Llegarme a la Puerta del Sol, caminar por la Gran Vía y ver gente diferente. A dos cuadras del cuartel divisé a un peatón. Le pregunté dónde podría coger un taxi. Me respondió con nerviosismo:

-Pues por taxi le llevará como una hora llegar a donde vaya. Todas las calles están perforadas por las bombas y hay que hacer enormes desvíos. Mejor que vaya por el metro, señor. Además, si logra encontrar un taxi le cobrará una fortuna. La gasolina está estrictamente racionada.

Le agradecí las indicaciones. Era un caballero de unos sesenta años; iba envuelto en una capa y se cubría la cabeza con una boina marrón oscura. Siguió caminando sin apuro y al poco —56→ rato se perdió en la niebla. Miré a mi alrededor y no había nadie. ¡Ni un alma! Conté el dinero que llevaba conmigo; lo había convertido en pesetas en el Banco del Gobierno: no era mucho. Pero no me preocupaba. Esa vida me enseñaba otros valores. El dinero no constituía algo fundamental e imprescindible, ya que todo o casi todo, me lo daban en la brigada. Pasaban ómnibus, llenos de soldados, como exhalaciones. El frío arreciaba. Por fin, topé con otro transeúnte y volví a mi pregunta «desplazatoria»; me contestó:

-Sí, claro. Si consigues un taxi. Los hay, pero bien escasos. Llegar a la Puerta del Sol le llevará una hora por lo menos.

Me mostré descreído:

-Pero señor, no puede ser -exclamé, con extrañeza.

-Es que usted está en Madrid, ¿comprende? -me dijo y siguió su camino.

Y me hizo pensar. Estaba en Madrid. O en «Madrís», como dicen aquí...

Y comenzaba a sentir, yo mismo, el peligro de las numerosas bandas o grupos que sólo coincidían en hacer la guerra, pero que respondían a muy diversas tendencias. Y estaba haciendo precisamente lo que nos dijo el comandante Edward Wilson que no debíamos hacer: andar solos. La FAI era peligrosa, y fusilaba arbitrariamente. Ya lo dije y me repito: es que en Kansas, en las doradas praderas, ¡cuernos!, yo salía como me daba la gana y a cualquier hora... Después de caminar durante largo rato, con los huesos congelados, logré trepar a un ómnibus que llevaba milicianos. Mi español había mejorado. —57→ Había aprendido lo esencial. Un miliciano, con su uniforme de lana gris, me ofreció un cigarrillo. Venía del frente. Se notaba la fatiga en su rostro. Las ojeras indicaban malas noches. Pero no profirió ni una queja. Nos sentíamos hermanos. Esa rara camaradería nos daba una especie de fraternidad inmediata. Llegué a la Puerta del Sol y avisé al chofer que detuviera el camión. Le quise dar una peseta y no aceptó. Pero me detuvo un rato, registró los bolsillos y logró por fin sacar una caja de cigarrillos, de la cual me ofreció uno, que le acepté gustoso. Era la guerra. Un cigarrillo en última instancia era un pedazo de afecto, que aunque se hiciera humo enseguida, dejaría un aromado recuerdo. En cuanto bajé, miré al frente y vi una enorme banda blanca, un lienzo empujado e inflado por el aire, que parecía bambolearlo. Estaba en lo alto, en la Carrera de San Jerónimo, vereda a vereda:

¡NO PASARÁN!

Eran letras rojas, toscamente escritas. Me sentí feliz. El corazón de Madrid latía. Tantos días y semanas trabajando en los talleres y depósitos me habían apagado un poco. Y necesitaba esta recuperación. Caminé unas cuantas cuadras y entré en calor. Ya no sentía el frío. La vista de gente vivaz y activa me dio ánimo. Y me alegré de estar en Madrid. Llegué hasta la Plaza de Canalejas, doblé hacia la derecha y seguí por la calle del Príncipe. A las pocas casas, hallé un restaurante con gente apiñada en la entrada, leyendo las últimas noticias en un cartel pegado al muro. Noté que imperaba un aire de seriedad. Un rico aroma a café me abrió el apetito.

—58→

Me senté frente a la ventana donde había una mesa libre. Compré *El Sol* y me pude enterar de muchas cosas, no todas ellas buenas. Pero la guerra es así. No todo sale como uno quiere... Dos muchachones reconocieron por la banda violeta. Uno de ellos me pidió que le firmara en un librito de apuntes. Me hablaban despacio, con muy buena dicción para que les entendiese. Cuando les dije que era norteamericano, se les llenó la cara de intensa alegría. Hablamos animadamente. Habían leído a Mark Twain y a Edgar Allan Poe y eran estudiantes del Liceo Cervantes, cerrado por la guerra, pero pensaban retornar «en cuanto todo esté ganado...». Cuando quise pagar la consumición, el mozo no aceptó cobrarme. El que atendía la caja me llamó y me dio un paquete con chocolates de Río Muni.

-Los que debemos pagarle somos nosotros -dijo con una sonrisa que me supo a miel.

Me despedí dirigiéndome al Palacio de Comunicaciones. Quería hablar con Diane, contarle algo de esta nueva gente que empezaba a conocer. Decirle cuán feliz estaba de apoyar como podía una causa tan nuestra, tan universal. Al cabo de vueltas y errores, pude dar con el Palacio. Desgraciadamente, no era factible mi deseo. Las llamadas estaban reservadas para despachos de emergencia. Me sugirieron que probase en la Embajada de los Estados Unidos. No pude ocultar una sonrisa, con un dejo de escepticismo, y el empleado, muy correctamente, me dijo:

-Lo siento, oficial. Con mucho gusto, si ello hubiera dependido de mí. Pero los tiempos no son como para complacer a todos...

Salí rumbo a la calle de Montalbán y llegué —59→ al Parque del Retiro. Los árboles sin hojas, con sus troncos marrones o grises, y el silencio sin pájaros me tumbaron el ánimo. El estanque tenía un agua verdosa; di vueltas por el Paseo Salón, la Plaza Paseo de Chile, subí hasta el Paseo del Paraguay y, cansado ya de andar solo volví al centro. Hubiera querido entrar en el Museo del Prado, pero era imposible. Habían guardado todos los cuadros en los sótanos, a sugerencia de Pablo Picasso; el edificio estaba protegido por grandes bolsas de arena.

Sabía que me sería difícil volver al cuartel, pero de una forma u otra lo haría.

Caían bombas a granel. Ya era peligroso caminar por las calles, al descubierto. La gente dormía en los túneles del metro. Los que transitaban por las calles no tenían ganas de detenerse para nada. La población civil estaba sufriendo innecesariamente. La legión Cóndor de los nazis y los «Capronis» fascistas no apuntaban a los cuarteles sino al centro de Madrid, donde no existían objetivos estratégicos. Un camión militar se detuvo y reconocí con alegría a los camaradas de la Brigada Lincoln, quienes me hicieron lugar de inmediato. Vi a Ernie, que venía barbudo y pálido. Lo primer que me dijo fue: «*damn it...*». Le pregunté qué sucedía. Con voz grave me respondió:

-El comandante de la plaza dio orden a nuestra brigada de evacuar Madrid. El último tren sale hoy a las ocho. Viajaremos de noche hasta Valencia, para no llamar la atención. Tendremos que ir alertas, pues no sabemos si los falangistas interceptaron la vía...

-Pero, ¿por qué no seguir resistiendo? -atiné —60→ a preguntar. Ernie me miró fijamente y contestó:

-Estamos bloqueados. Los republicanos seguirán peleando, pero prefieren que nosotros evacuemos, pues hay riesgo. Sabes que si nos cogen, nadie sale con vida. Y hay que entender el gesto de ellos. Las brigadas Garibaldi y Martí ya partieron anoche. Somos los últimos...

Yo no quería creerlo, pero era cierto. Si Ernie lo decía, no cabía lugar a dudas. Miré el cielo sin estrellas. Tan oscuro, que era lo mismo intentar mirarlo con los ojos cerrados. No pude seguir hablando. Se me hizo un nudo en la garganta.

Esa noche partimos. Yo sabía que Diane me esperaba y sería muy feliz al verme de nuevo. Pero no estaba satisfecho. Mi maestro decía (como los romanos): *Esto vir*. Y recordándolo, me compuse.

Pensé que habíamos perdido el primer *round*. Pero una pelea de campeonato tiene quince *round*, ¿verdad?

Mientras el tren, se acercaba a Cuenca con sus numerosos vagones a oscuras, yo recordaba la Carrera de San Jerónimo. NO PASARÁN con letras rojas, prominentes. Recuerdo -ahora duele decirlo- que no pude reprimir las lágrimas.

1984

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

